

y cuando practicas los actos de humildad, de circunspeccion y de modestia, hazlo por imitar á aquella Señora á quien amas y á quien sirves.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN CORNELIO, PAPA, Y SAN CIPRIANO, OBISPO,
MÁRTIRES.

Sucedió san Cornelio á san Fabian mártir el año del Señor de 251, en tiempo que la persecucion de Decio contra la Iglesia era tan violenta, que se pasaron diez y seis meses desde el martirio de san Fabian sin poderse juntar los fieles para proceder á la eleccion de papa. Pero mitigándose un poco dentro de Roma el fuego de la persecucion, despues de la revolucion de Julio Valente, se congregó el clero romano, compuesto á la sazón de cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos exorcistas, lectores y ostiarios; todos los cuales, de unánime consentimiento, eligieron por papa á san Cornelio, que á la sazón era presbítero de la iglesia romana. Este unánime consentimiento, aplaudido universalmente de todos los fieles, cuyo número dentro de la misma Roma era á la sazón prodigioso y celebrado de todos los obispos de la cristiandad en las críticas circunstancias de aquel tiempo, es el mayor elogio de nuestro santo, y hace formar el mas elevado concepto de su eminente virtud y de su mérito, el que no se reconoce menos por lo que de él nos dejó escrito san Cipriano. « Despues de haber sido elevado á la dignidad episcopal, dice este grande hombre, sin cohechos, sin artificios y sin violencia, puramente por la voluntad de

Dios, á quien únicamente pertenece hacer y elegir obispos, ¡cuánta fe, cuánta virtud y cuánta resolucion mostró en el valor con que se sentó en la cátedra episcopal á tiempo que un tirano, enemigo de los obispos de Dios, sufriria de mejor gana un competidor al trono, que un obispo de Roma! En vista de esto, ¿no nos vemos todos obligados á celebrar igualmente su magnífica resolucion que su heróica fe? ¿no debemos contar en el número de los confesores y de los mártires al que estuvo sentado tanto tiempo esperando cada dia á sus verdugos, y á que viniesen los ministros del tirano á vengar en él con la espada, con las cruces, con el fuego ó con algun otro extraordinario género de suplicios el generoso desprecio que hacia de sus detestables edictos, de sus amenazas y de sus tormentos? Así, pues, aunque la bondad y el poder de Dios protegió al obispo que el mismo Señor habia elegido, bien se puede decir que Cornelio padeció por su zelo y por su teson todo lo que podia padecer, y que venció al tirano con sus virtudes episcopales antes que fuese vencido de él por la fuerza de sus armas.»

Por estas sus grandes virtudes, por el singular mérito de nuestro santo, por su eminente sabiduria, de que en muchas ocasiones habia dado ilustres pruebas contra los herejes, y por su piedad sobresaliente era ya llamado desde mucho tiempo antes *el santo presbítero*, no menos que por aquella modestia y aquella humildad, único estorbo que fué preciso vencer para que consintiese en su consagracion, y en fin, por aquella dulzura y por aquella caridad que le mereció el renombre de padre de los pobres.

Luego que se vió sublimado á la silla de san Pedro, dió las mas gloriosas pruebas de su virtud, de su zelo y de la intrepidez de su fe. Novato, presbítero africano, insigne facineroso, y hombre verdadera-

mente malvado, que por evitar su condenacion en Cartago habia ido á refugiarse y á esconderse en Roma, temiendo todo cuanto habia que temer así de la firmeza y de la santidad del nuevo papa, como de su estrecha union y buena inteligencia con san Cipriano, puso en movimiento todos sus artificios para huir el cuerpo á las censuras; y viendo que no le salian como deseaba, resolvió formar un cisma; trabó amistad con Novaciano, presbítero de la iglesia de Roma, hombre tan perdido como él, y determinó elevarle al pontificado en lugar de san Cornelio. Comenzó publicando atroces calumnias contra el santo papa; y habiendo engañado á tres obispos extranjeros, tan sencillos como ignorantes, despues de haberles dado un gran convite, los obligó á que consagrasen á Novaciano por obispo de Roma; y este fué el primer cisma de la iglesia romana. No podia haber consagracion mas irregular ni por la forma, ni por el sujeto. Los dos cismáticos añadieron á la division del cisma el error de la herejía, defendiendo que no se debía recibir á penitencia al que despues del bautismo cayese en alguna culpa grave. A estos errores agregaron otros sus discípulos, que desde luego se comenzaron á llamar los novacianos, sosteniendo que los pecadores debian ser rebautizados, y condenando las segundas nupcias. Celebró san Cornelio un concilio en Roma el año de 251, en el cual fueron condenados los novacianos, y proscriptos sus errores, singularmente el de que no fuesen recibidos á penitencia los que se llaman *lapsos* ó *caidos*, esto es, aquellos que en la persecucion habian abandonado la fe por temor de los tormentos. Mucho tuvo que sufrir san Cornelio por parte de los heresiarcas y de sus secuaces; pero esto mismo cedió en mayor lustre de su virtud y de su zelo. No se pueden explicar los trabajos que le fué preciso padecer para pre-

servar del contagio á su rebaño, extendiéndose á todo el mundo cristiano su vigilancia y su solicitud pastoral; admirando y ensalzando todos la divina Providencia por haber dado tan santo papa á su Iglesia en tiempos tan nebulosos.

Entre tanto, habiéndose mitigado un poco la persecucion hácia el fin del imperio de Decio, se volvió á encender en tiempo de Galo su sucesor. No se habia olvidado de los fieles nuestro santo pontífice mientras duró la calma; por lo que la nueva persecucion los halló bien prevenidos contra todos los peligros. El pastor precedió en todo al rebaño con el ejemplo. Fué arrestado el primero de todos; y confesó la fe de Jesucristo en medio de los tormentos con tanto valor y con tanta intrepidez, que espantó á los jueces y cansó á los verdugos. En vista de su constancia en medio de los mayores suplicios, temieron los gentiles que su ejemplo no hiciese inmóviles en la religion á los cristianos, que á la primera noticia de la prision de su santo pastor corrieron valerosamente al campo de la batalla, prontos á defender la causa de Jesucristo á costa de su sangre. Movidos de esto los ministros del emperador, le condenaron á muerte; y el dia 14 de setiembre del año 252 coronó este gran santo su vida con un glorioso martirio. Muchos creen que le padeció en Civitavequia, donde al principio habia sido desterrado; pero san Jerónimo asegura que le padeció en Roma; y como sucedió en el mismo dia en que la Iglesia celebra la Exaltacion de la santa Cruz, se trasladó su fiesta al dia 16.

En el mismo dia celebra la santa Iglesia el glorioso martirio de san Cipriano, obispo de Cartago, grande ornamento del orden episcopal, y una de las mas resplandecientes antorchas de su siglo. Nació en Africa, y aun algunos son de sentir que en la misma

Cartago, de familia senatoria tan distinguida por sus opulentos bienes como por su antigua nobleza. Ignóranse los sucesos de su juventud: solo se sabe que fué instruido en las artes liberales; y que, como tenia un ingenio vivo, pronto, perspicaz, sublime y brillante, hizo tan extraordinarios progresos en las bellas letras, que, siguiendo su natural inclinacion, enseñó retórica en la misma Cartago. Acreditan bien sus escritos que sabia con perfeccion todos los primores de este arte. Pero tenia la desgracia de no ser cristiano, desdicha que le precipitó en todos los desórdenes de una licenciosa juventud. Casóse, y tuvo hijos, á tiempo que la divina Providencia, que le tenia escogido para inmortal honor de su Iglesia, le deparó un santo presbítero, llamado Cecilio, el cual, descubriendo las grandes prendas de entendimiento y de corazon de que el Señor le habia dotado, se lastimó mucho de lo mal que usaba de ellos. Trabó amistad con él, y en sus santas y frecuentes conversaciones le fué poco á poco enseñando la ciencia de la salvacion que ignoraba hasta entonces. Abrióle los ojos la gracia, y al mismo tiempo abrasó su corazon. Resolvió convertirse; y luego que se declaró catecúmeno, tomó la resolucion de vivir en continencia, y persuadió la misma virtud á su mujer. Recibido el bautismo, cedió á sus hijos una parte de sus bienes, y distribuyó el resto entre los pobres.

Hízose santo desde que se hizo cristiano. En ninguna cosa fué mediano un hombre que en todo era grande. En memoria y en reconocimiento al presbítero Cecilio, que le habia convertido, tomó en su bautismo el sobrenombre de Cecilio. El mismo día que se bautizó, precediendo el consentimiento de su mujer, se retiró á una especie de vida solitaria, dedicándose únicamente al estudio de las sagradas letras y de la importante ciencia de la salvacion. Hizo en

ambas facultades tan asombrosos progresos, que en menos de cinco años era ya tenido por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. En atencion á esto, siendo todavia neófito, es decir, recién bautizado, por aclamacion de todo el clero y de todo el pueblo fué elevado á la dignidad sacerdotal. Apenas se ordenó de presbítero cuando se atrajo la universal veneracion y el general concepto, mirándole todos como modelo de perfeccion de todo el clero, y como al mayor ornamento de la iglesia africana. Por eso, inmediatamente que vacó la silla episcopal de Cartago, no se deliberó ni un solo momento en colocarle en ella. Murió Donato, obispo de Cartago, el año de 248, y en el mismo punto el clero y el pueblo pidieron á una voz por obispo suyo á san Cipriano. Escondióse inútilmente, fué descubierto, fué conducido á la iglesia, y fué consagrado por obispo en medio de las aclamaciones y en presencia de gran número de prelados.

Elevado á la primera silla de la iglesia africana, no hizo novedad ni aflojó un punto en su vida humilde, modesta y penitente. Sus rentas no eran para él, sino para los pobres. Bastaron los ejemplos para reformar las costumbres y para corregir los abusos que se habian introducido aun en los mismos clérigos; mostrando siempre tan generoso zelo como firme y constante teson en mantener la disciplina eclesiástica. Su caridad era inmensa y universal, extendiéndose á todo el mundo, y aunque tuvo que sufrir deshechas y furiosas tempestades, jamás dejó de atender á su rebaño con todo el cuidado posible. El vivo deseo que ardia siempre en el corazon de nuestro santo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo le incitaba continuamente á ir él mismo á desafiar á los suplicios, presentándose el primero al furor de los tiranos; pero

le representaron el peligro en que dejaría á su grey, no menos que el dolor y la desolacion de todo su querido rebaño, si sucediese la precipitada muerte de su adorado pastor. Por esta sola consideracion se escondió, y mas estando bien informado de que los gentiles solamente buscaban al obispo, firmemente persuadidos de que, pereciendo el pastor, presto se esparramarian las ovejas : en el anfiteatro no se oian mas que gritos y clamores de los idólatras que pedian á Cipriano para lograr el gusto y la diversion de verle espirar en medio de los suplicios. Salió, pues, de Cartago, despues de haber declarado á los fieles el motivo que tenia para retirarse, y se quedó escondido en un paraje no distante de la ciudad, desde donde velaba siempre sobre sus ovejas, dando providencias para asistirles en sus necesidades. No es fácil explicar los desvelos y los trabajos que padeció por su querido rebaño, ni su solicitud pastoral en mantener á los fuertes, en animar á los flacos, y en sostener á todos en aquellos dias de persecucion. Desde su retiro escribió muchas epistolas á su pueblo, á su clero, á los confesores y al clero de Roma, cuya apostólica silla estaba á la sazón vacante. Llamaba á lugares escondidos y á sitios retirados, ya á unos, ya á otros, para alentarlos y fortalecerlos en la fe. Dió providencia para que enterrasen de noche los cuerpos de los santos mártires, para que se procurasen todos los alivios posibles á los que eran atormentados, para que les curasen las heridas, y nada faltase á los santos confesores.

Ofrecióle nueva ocasion de manifestar su infatigable zelo pastoral una furiosa peste, que por el mismo tiempo asoló aquella grande y populosa ciudad. Proveyó eficazmente á las necesidades espirituales y corporales de los enfermos abandonados. Extendióse su inmensa caridad hasta los mismos gentiles, asistió y

convirtió un crecido número de ellos, y supo hacer conquistas para Jesucristo en medio de la misma persecucion.

De tiempo en tiempo padecia algunos remordimientos sobre su retiro, representándosele flaqueza, pusilanimidad y cobardia. Consultó sus escrúpulos con Roma, que le tranquilizó, aprobando su conducta. Entre tanto, á pesar de los trabajos y de los frutos de su zelo, muchos cristianos de Cartago padecieron la flaqueza de apostatar de la fe por temor de los tormentos : unos en secreto, consiguiendo de los magistrados á fuerza de dinero billetes ó certificaciones falsas de haber idolatrado ; y otros públicamente ofreciendo incienso á los ídolos, ó comiendo viandas sacrificadas á ellos. Lloró y gimió san Cipriano sin perdonar diligencia alguna para excitarlos al dolor y penitencia de su apostasia. Muchos se avergonzaron y se arrepintieron con resolucion de volverse al rebaño de los fieles; pero atemorizados con el rigor de las penitencias que imponian los cánones á este delito, recurrieron á los confesores y á los mártires que estaban en las cárceles, como á poderosos intercesores, y alcanzaron de ellos otros billetes ó cédulas de reconciliacion, en las cuales pedian los santos mártires que aquellos apóstatas arrepentidos fuesen admitidos á la comunión de los fieles, y se les moderase la penitencia. Como la Iglesia hacia tanto y tan justo aprecio de aquellos generosos confesores de Jesucristo, les concedia esta indulgencia ; pero presto abusaron de ella los que habian apostatado ; y hallando por otra parte ministros demasíadamente indulgentes, eran reconciliados sin imponérseles penitencia alguna. No pocos de los mismos apóstatas comerciaban sacrilegamente con los billetes de reconciliacion, vendiéndolos á otros que por su escandalosa vida no los habian podido conseguir. Clamó

toda la Iglesia contra este desorden. Escribió el ciero de Roma á san Cipriano, que desde el fondo de su retiro gritaba mas que todos contra estos libeláticos. Aprovechóse de esta ocasion el presbítero Felicísimo, hombre vano, de malas costumbres, y que nunca habia podido llevar en paciencia la virtud, el mérito y la universal estimacion de nuestro santo, poniendo en movimiento cuantos medios pudo para desacreditarle y para formar un cisma en la iglesia de Cartago. Logrólo; porque, agregándose cinco obispos que habian apostatado durante la persecucion, hizo consagrar por obispo de Cartago al presbítero Fortunato. Sin embargo de ser tan irregular como violenta y abominable esta consagracion, no dejó de tener parciales y defensores que hicieron cuanto pudieron para sorprender la religion del papa san Cornelio; pero no les fué posible conseguirlo. Descubrió el santo pontífice toda la malignidad del partido, y condenó sus enredos, embustes y manejos.

Murió entre tanto el tirano, sucedió la calma á la persecucion, y san Cipriano se restituyó á su iglesia. El año de 251 convocó un concilio provincial en que se arregló la penitencia de los que en la persecucion habian apostatado. Fueron excluidos para siempre del cuerpo del clero los eclesiásticos que habian caido en la idolatria, y admitidos á reconciliacion los libeláticos, excepto los que hubiesen apostatado públicamente. A estos solo se les debia dar la absolucion en caso de grave y peligrosa enfermedad, con tal que hubiesen comenzado á hacer penitencia en buena salud. El presbítero Felicísimo y todos los demás que persistian en el cisma fueron condenados. Como los novacianos que se hallaron en Roma no pudieron preocupar el ánimo del papa san Cornelio contra nuestro santo, para vengarse de él procuraron que fuese elegido un cierto Máximo por obispo de Car-

tago; pero tuvo la misma suerte que Fortunato, y los cismáticos no pudieron conseguir con todos sus manejos que el santo obispo en muy breve tiempo no restituyese á todo su primitivo vigor la disciplina eclesiástica en la capital de su obispado.

Habiendo vuelto á encenderse el fuego de la persecucion en el imperio de Galo, y habiendo recibido en ella la palma del martirio el papa san Cornelio el año de 252, como queda dicho, le sucedió no menos en el martirio que en la silla el pontífice san Lucio, en cuyo lugar fué colocado san Estéban el año de 254, y en su pontificado se excitó entre él y san Cipriano la célebre disputa sobre la validez del bautismo conferido por los herejes.

Los montanistas, que en el Oriente se llamaban catafrigas, dieron en la extravagancia de rebautizar á todos los católicos que se pasaban á su secta, solo por manifestar con esta demostracion el desprecio que hacian de la Iglesia; sugeridos probablemente de Tertuliano, que al principio del tercer siglo se habia separado de la Iglesia católica por adherir infelizmente á sus errores. Irritados los obispos católicos, quisieron despicarse por los mismos términos, rebautizando á los montanistas que se convertian. Fundábanse en que, creyendo estos herejes que Montano era el Espiritu Santo, parece que bautizaban en el nombre de Montano; pero en el concilio nacional de Sinada ó de Iconia se pasó mas adelante, pues se determinó que indiferentemente fuesen rebautizados todos los bautizados por los herejes de cualquiera secta; siendo esta con toda propiedad la verdadera época del rebautismo por los herejes. Toda la Iglesia habia seguido la práctica contraria por espacio de dos siglos. Sin embargo, algunos obispos africanos se declararon por la primera opinion, y sobre todo Agripino, que por aquel tiempo fué hecho obispo de

Cartago. Cuarenta y ocho ó cincuenta años despues entró á gobernar la misma iglesia san Cipriano, y como ya encontró introducida en ella esta costumbre, no quiso innovarla. Consultado por algunos obispos de Numidia sobre este punto, convocó en Cartago un concilio en que se hallaron 32 obispos, y en él se declaró por absolutamente nulo el bautismo administrado por los herejes. Escribió san Cipriano á un amigo suyo esta determinacion del concilio, y noticioso de que con ella se turbaban los ánimos en las provincias, convocó segundo concilio en la misma ciudad de Cartago, al que concurrieron 71 obispos, los cuales confirmaron la decision del primero, y encargaron á san Cipriano que la hiciese saber al papa. Ejecutólo el santo; pero san Estéban le respondió que no se debía innovar sino seguir la tradicion, y no rebautizar á aquellos en cuyo bautismo no hubiese intervenido otro defecto, que precisamente el haber sido administrado por herejes. Desagradó mucho esta respuesta á san Cipriano; y escribiendo acerca de ella á su amigo Pompeyo, obispo de Sabrata, se explicó en términos que muestran bien que los mayores santos no dejaron de parecer hombres en algunas ocasiones. Para el dia primero de setiembre de aquel mismo año convocó Cipriano el tercer concilio en la misma ciudad de Cartago, llamando á él todos los obispos de su jurisdiccion, que era muy dilatada. Concurrieron 58 obispos en persona, y dos por sus procuradores. Dióse libertad á cada uno para que dijese francamente su parecer; pero aunque era tan numeroso el concilio, como no presidia en él la cabeza de la Iglesia, tampoco le presidió el Espíritu Santo; y fué confirmado el error como en los dos concilios precedentes. Nombráronse diputados que pasasen á Roma á dar noticia al papa de lo que habia decidido el concilio de África: pero san Estéban ni

siquiera quiso admitirlos á su audiencia. Interpuso sus buenos oficios con el papa san Dionisio de Alejandria para que no excomulgase á los obispos de África y de Capadocia, que perseveraban en el error, como les habia amenazado; y poco despues condenó toda la Iglesia el error de los rebautizantes en el célebre concilio ecuménico de Nicea. San Jerónimo es de sentir que san Cipriano se retractó, y á san Agustin le parece esto muy verisimil. *Aunque no se halle, dice el santo, que san Cipriano se hubiese retractado, es muy probable que lo hizo; y no es imposible que suprimiesen su retractacion aquellos que no gustaban de ella.*

Permitió Dios, añade el mismo san Agustin, que san Cipriano se descaminase para que conociésemos que el entendimiento humano es limitado, y que los mayores ingenios se han de fiar muy poco en sus luces. La infalibilidad no es privilegio de los particulares, ni aun de los mas esclarecidos doctores; solo nos pone á cubierto del error un rendimiento total y sin reserva á las decisiones de la Iglesia. Si Cipriano se hubiera separado de esta, si hubiera combatido contra la fe, seguramente no le hubiera salvado el martirio; pero habiendo derramado su sangre por la Iglesia y dentro del seno de la Iglesia misma, lavó las faltas en que le hizo caer la excesiva adhesion á la disciplina de su iglesia particular, y el demasiado y no muy respetuoso teson contra la cabeza visible de la Iglesia universal. Sea lo que fuere, continúa el mismo santo, si se levantó un vaporcillo de la humana fragilidad que oscureciese algun tanto aquella alma, por otra parte tan iluminada, presto le dispipó el glorioso resplandor de su sangre derramada por Jesucristo, compensándose de esta manera la falta de luz en materia del bautismo administrado por los herejes, con la abundancia de su caridad y de su penitencia: *Ut si qua nebula in ejus lucidam mentem ex*

humana conditione irrepserat, gloriosa serenitate fulgentis sanguinis fugaretur. Aun aquellos mismos que dan mas abundantes frutos de caridad pueden todavia conservar tal cual pua ó vástago silvestre, que tarde ó temprano arrancará el diestro labrador: *Qui fructu prevalent charitatis, possunt tamen aliquid habere purgandum, quod incultum agricola non relinquit.* Por tanto, si este hombre verdaderamente santo se engañó en la doctrina del bautismo conferido por los herejes, purgó bien este error, así con la abundancia de su caridad, como con la gloriosa muerte del martirio. *Quod verò ille vir sanctus, de baptismo aliter sentiens, quàm se res habebat, et charitatis ubertate compensatum est, et passionis falce purgatum.*

Asegúrase que calmó esta disputa viviendo aun el mismo santo, y que los obispos de África retractaron su error, lo que confirma la opinion de que el mismo san Cipriano le habia retractado.

Pero habiéndose renovado la persecucion contra los cristianos hácia el fin del año de 256 en tiempo del emperador Valerio, se volvió tambien á encender en el pecho de san Cipriano el ardiente deseo del martirio. Para lograrle, dió principio fortaleciendo á los cristianos con la elocuencia de sus sermones, con el fervor de sus conversaciones privadas y familiares, y publicando un escrito compuesto todo de sentencias y de palabras de la sagrada Escritura. Se tiene por cierto que tuvo revelacion de su martirio, y que por eso no se quiso esconder, aunque sus amigos le persuadian y le apretaban para que se pusiese á cubierto de la tempestad. Fué, pues, arrestado por órden del procónsul Aspasio Paterno; y habiendo confesado delante de él á Jesucristo con heroica magnanimidad, fué desterrado á Curubio, ciudad distante diez ó doce leguas de Cartago. Los once meses que estuvo en ella los empleó en animar, con-

solar y esforzar á su pueblo con sus escritos, y con los desvelos de una solitud verdaderamente pastoral. Volvióle á llamar Galerio Máximo con órden de que no entrase en Cartago, y se quedase en una quinta que tenia cerca de la ciudad. En fin, el dia 14 de setiembre del año de 258 mandó el procónsul que compareciese en su tribunal; preguntóle por su fe, por su condicion y por su generoso zelo que mostraba en favor de los cristianos, á cuyas preguntas solo le respondió estas preciosas palabras: *Soy cristiano, y me glorio de serlo.* Confesó la fe de Jesucristo en presencia de un crecido concurso con tanta elocuencia y con tan heroica resolucion, que, temeroso el procónsul de la impresion que podia hacer en los ánimos, mandó que en el mismo dia le cortasen la cabeza. Ejecutóse en un paraje llamado Sextil, pegado á los muros de Cartago, y el santo cuerpo estuvo expuesto por algun tiempo en el mismo sitio, hasta que los cristianos le enterraron en un lugar de las posesiones del procurador Cándido, donde con el tiempo se edificó en honor suyo una suntuosa iglesia. Despues fué trasladado á Arlés en tiempo de Carlo Magno; de Arlés á Leon, hasta que Carlos el Calvo le mandó llevar á Compiègne. Tenemos de san Cipriano ochenta y una epístolas, con otros muchos tratados, y en todas sus obras se deja admirar su singular elocuencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Calcedonia, el natalicio de santa Eufemia, virgen y mártir, que bajo el emperador Diocleciano y el presidente Prisco sufrió victoriosamente por Jesucristo los tormentos, las prisiones, los azotes, las ruedas aceradas, la pesadez de las piedras, las fieras, los varazos, las sierras y las planchas candentes. Llevada otra vez al teatro para volver á ser

echada á las fieras, apenas hubo hecho oracion al Señor para que recibiese su alma, cuando una fiera le mordió, mientras las otras le lamian los piés, entregando así su alma pura y santa en manos de Dios.

En Roma, santa Lucía, señora distinguida, y san Geminiano, á quienes Diocleciano mandó decapitar, despues que hubieron logrado el mérito de triunfar de los crueles tormentos que este emperador les habia hecho sufrir.

Tambien en Roma, en la via Flaminia, los santos mártires Abondo, presbítero, y Abundancio, diácono, á quienes el emperador Diocleciano hizo cortar la cabeza, á diez millas de la ciudad, como tambien á Marciano, señor de calidad, y á Juan, su hijo, que estos dos santos habian resucitado.

En Heraclea de Tracia, santa Sebastiana, mártir, que, habiendo sido convertida por el apóstol san Pablo, fué decapitada bajo el emperador Domiciano y el presidente Sergio, quien habia ensayado antes diferentes medios para hacerla renunciar la fe de Jesucristo.

En Córdoba, los santos mártires Rogelio y Servideo, á quienes cortaron los piés, las manos y la cabeza.

En Escocia, san Niniano, obispo y confesor.

En Inglaterra, santa Edita, virgen, hija de Edgardo, rey de los Ingleses, la cual, habiendo sido consagrada á Dios en un monasterio desde la mas tierna edad, mas bien ignoró el mundo que le dejó.

En el Mans, san Principio, obispo.

En Estrasburgo, santa Eimbeta, virgen.

Cerca de Mirepoix, santa Camela, virgen cisterciense, martirizada por los Albigenses.

En Salon-de-Crau, en Provenza, el bienaventurado Luis de Allemand, arzobispo de Arlés, cardenal del titulo de Santa Cecilia.

En Rimini, santa Inocencia, virgen y mártir, protectora de aquella ciudad.

En el patrimonio de San Pedro, santa Dulcísima, venerada en Sutri como virgen y mártir.

En el Quersoneso de Precops, el tránsito de san Martin, papa.

En Braga de Portugal, san Víctor, obispo.

En Bourg-Saint-Donin, en los estados de los Palavicinis, san Gilmer, uno de los patronos de aquel pueblo.

En Praga de Bohemia, santa Luzmila, viuda de un duque de Bohemia, abuela de san Venceslao, asesinada en odio del cristianismo, de orden de la princesa Drahomina, y así es venerada como mártir.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum pariterque pontificum Cornelii et Cypriani nos, quæsumus, Domine, festa tueantur; et eorum commendet oratio veneranda. Per Dominum nostrum...

Asístenos, Señor, con tu proteccion en la festividad de los bienaventurados mártires y pontífices Cornelio y Cipriano, haciéndonos gratos á vuestra divina Majestad su respetable intercesion. Por nuestro Señor.

La epistola es del cap. 3 del libro de la Sabiduria.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis benè disponentur;

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de in-